

Numéro 12, dossier

# Un triunfo secreto

Juan Villoro

Citation recommandée : Villoro, Juan. "Un triunfo secreto". *Les Ateliers du SAL* 12 (2018) : 29-30.

1. ¿Cómo lo conociste y cuál fue tu relación con él?

Conocí a Ramón Xirau a través de mi padre. Ambos nacieron en Barcelona, estudiaron filosofía y pertenecían a la misma generación. Pero la relación más próxima con él se fraguó a través de Alejandro Rossi, filósofo y escritor, del que fui muy amigo. Por ahí de 1991, Ramón me invitó a ser su jefe de redacción en *Utopías*, revista que pensaba editar en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ese empeño fue demasiado fiel a su nombre, pues no llegó a realizarse. A partir de entonces continuamos una amistad marcada por nuestro mutuo interés en la literatura, Cataluña, el flamenco y el gusto de ver los jardines y otras formas del mundo como apariciones religiosas. Generosamente, Ramón me propuso para ingresar al Colegio Nacional. Como los miembros nos sentamos por orden alfabético, tuve la fortuna de que mi asiento estuviera al lado del suyo.

2. ¿Qué parte de su obra prefieres y por qué?

Me interesan dos zonas particulares de su escritura, la poesía y sus ensayos sobre lo sagrado. Hay un puente de sentido entre ambas. Xirau celebra la sacralidad del mundo; su poesía da fe de ese milagro. En sus ensayos, aborda el sentido trascendental de la presencia, el tiempo fuera del tiempo ("la imagen móvil de la eternidad") a la que accede el pensamiento. Si sus poemas son plegarias que crean "naturalezas vivas", sus ensayos son meditaciones que amplían su sentido.

3. ¿Lo más fuerte de su pensamiento?

Xirau demuestra que la poesía no es una preparación para creer. Su forma es su contenido. Los versos son, en sí mismos, un acto de creencia.

4. ¿Podrías evocar alguna anécdota personal?

Durante meses planeamos la revista *Utopías*, pero al llegar a la oficina de la filósofa Juliana González, directora de la Facultad, descubrimos que los maestros, ya enterados de nuestra actividad, habían mandado toda clase de trabajos para ser editados. No lo hacían por vocación ni pasión por la escritura, sino porque eso podía darles puntos académicos para subir de sueldo, según el sistema de recompensas de la Universidad. Ramón juzgó terrible no ofrecerle cabida a todos esos textos, pero más terrible aún perjudicar a la revista con su publicación. Prefirió renunciar al proyecto. Cuando salíamos de la Facultad después de haber cancelado esa aventura, decidió tomar el fracaso como un triunfo secreto y celebró que nuestra particular utopía fuera la de librarnos de todas las molestias que nos hubiera traído lidiar con colaboradores tan poco utópicos.